

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

NUNCA LLUEVE Á GUSTO DE TODOS

Eráse un lugar de escaso vecindario; (como que no le cabían más que unas ochocientas almas, cada una, por supuesto, alojada en su correspondiente cuerpo.) Su terreno era de seco, tanto que en el término no se disfrutaba de más agua que la que caía de las nubes cuando le parecía bien á S. Pedro, que era el patron del pueblo; y como no se conociese otra industria ni otro comercio que unos cuantos banales de pan llevar, todos los habitantes estaban dedicados á la labranza de sus tierras, y no suspiraban más que por el agua, verdadera y única fuente de toda su riqueza. Unos años llovía mucho, y estaban contentos; otros años poco, y algo cogían; otros no llovía nada, y se conformaban á la fuerza; haciendo rogativas á su santo patron, que unas veces les oía y otras no; y es claro que el buen apostol sabría perfectamente por qué se hacia el sordo á las súplicas de sus secos devotos y patrocinados.

Pero he aquí que llega un año, y con él la época de la siembra; esperan el agua, y el agua no viene; hacen rogativas, y el agua continua en las nubes; y todos los vecinos del pueblo, tristes y cariacontecidos, pierden la esperanza de que en aquel año cayese ni siquiera una gota de agua.

—Hijos míos, dijo el Sr. Vicario, este año habeis perdido la siembra: no hay cosecha; no hay más que tener paciencia y conformarse con la voluntad de Dios, que otro año os la dará duplicada.

Los lugareños que oían todos los sermones del vicario con mucho gusto, oyeron aquel con cara de vinagre.

El concejo del pueblo se reunía los domingos para tratar de la cosa pública. El señor Alcalde de monterilla, el tío Nolasco, dominaba por completo en el lugar; como que era el mayor contribuyente; y las sesiones duraban muy poco, porque no lloviendo, nada les parecía digno de ser tratado en la sala concejil.

Condoliéndose en una de ellas uno

de los concejales, exclamó cierto día con muy convencido acento.

—Pues Señor yo no entiendo esto. Si Dios es tan bueno como dice el Vicario, y tanto nos protege nuestro santo patron, ¿por qué no llueve todos los años á su tiempo para que tengamos buenas cosechas?

—Aun sería mejor, repuso el Alcalde, que lloviese cuando nosotros quisiéramos; ¿pues quién mejor que los labradores saben cuando ha de llover? Entonces sí que tendríamos buenas cosechas, y seguras, porque ¿quién no querría que lloviese á su tiempo?

—Ya lo creo, dijeron los demás, haciendo coro y dando un gran suspiro; ¡qué triguarras les cojeríamos! ¡que cosechones!

—¿Y porqué no habia de concedernos esto el Señor? ¿porqué no habia de pedirselo nuestro patron San Pedro?

—Ya lo creo, dijo otro concejal; mejor andarian las cosas si nosotros dispusiéramos cuándo habia de llover! ¡que bien vendria siempre el agua.....

—Bien ¿eh? dijo de pronto un personaje, entrando sin ceremonia en la sala.

Era un anciano calvo, con barba, con una ropa que parecia una sotana, y con dos grandes llaves en una mano, que más parecian armas ofensivas que inocentes instrumentos de abrir puertas.....

—¡San Pedro!!! dijeron todos los señores concejales.

—Sí, San Pedro, vuestro patron, dijo el anciano —pues no era otro que el apostol del gallo. — Sí, San Pedro que pasaba por casualidad cerca de este lugar para ir á otro pueblo á desatar las nubes, y ha oido vuestras quejas y.....

—Justas, muy justas, dijo el alcalde levantándose del sillón de barbero colocado en la presidencia, y esto sea dicho Sr. San Pedro con todo el respeto debido á vuestra apostolicidad. Muy justas, prosiguió calentándose, pues es claro que si lloviese cuando nosotros quisiéramos, seríamos felices y ricos y le haríamos á Usia unas fiestas que harian rabiar de envidia á todos los santos de estos contornos.

—Bien, dijo el apostol haciendo oído

sordo á las asnerias del alcalde; cuando he oido vuestras quejas he comunicado con el Señor.....

—(Por telegrájo,) dijo el alcalde al oído á su teniente.

—(No, replicó este, por teléfono.)

Y el Señor, prosiguió San Pedro, me ha concedido que os dé gusto: que llueva cuando vosotros querais.

Oír esto y echarse todos sobre el Santo fué todo uno: estolo besa, aquello abraza, uno lo acaricia, todos lloran de alegría.....

—¡Bueno! bueno, gritó el santo: basta, que me vais á ahogar antes que llueva. Quietos ú os doy con las llaves.

Sosegaronse todos, é invitado san Pedro á ocupar el sillón presidencial dijo el Santo bendito:

— Por permision divina os concedo que llueva cuando querais, siempre que así lo decidais por unanimidad. ¿Sabéis lo que es unanimidad?

—Ya lo creo, dijo el tío Nolasco; longanimidad es lo que decia el último diputao; hacer toos lo que él queria.

—Algo hay de eso, dijo el santo. Unanimidad es querer todos lo mismo, sin que unos digan sí y otros nó, sino todos sí ¿me entendeis? Cuando todos, todos sin que uno solo diga que no, dispongais que llueva, lloverá.

—¡Cá! no tenga vuestra santidad cuidado, dijo el alcalde ¡qué ha de decir naide que nó! ¡pues si toos queremos que llueva hasta que el agua allegue á la veleta del campanario!

—Bueno, concluyó San Pedro; ¡hijos quedais que me voy á tronar y llover á otra parte. Acordaos bien: por unanimidad. Y se salió de la sala haciendo ruido con las llaves.

No es posible pintar la alegría de aquellos buenos labriegos. Uno decia que iba á ensanchar el granero; otro que á hacer una era nueva; aquel, que iba á comprar otra burra.

—Y yo pagaré lo que debo al pósito, murmuró el síndico.

—Señores, dijo el alcalde, propongo que tengamos sesion, además de los domingos, los jueves: así tendremos más tiempo de mandar á las nubes.

—Aprobado, dijeron todos en uno

siguiendo la costumbre que tenían de decir que sí, cuando el alcalde proponía cualquier cosa.

Y cada uno se marchó á su casa á poner en conocimiento de su costilla y de sus vecinos, que desde aquel día, el ayuntamiento era el amo y señor de las nubes.

Reuniose el concejo el domingo inmediato, y muy satisfechos los concejales se sentaron en sus sillas dirigiendo la vista al cielo, como diciéndole: ahora lloveras cuando á nosotros nos dé la gana.

—Vamos, dijo el presidente, tocando el cencerro (que no otra cosa era la campanilla presidencial) se abre la sesión. ¿Llovemos ya? Los campos piden agua, y ¡ahora somos los amos, pues tenemos la llave de los aljibes de allá arriba: ¡Ea! á llover.—Secretario, abre el libro para consignar la orden de lluvia.....

—Espera, espera, salta el regidor mayor, lo mismo tiene que llueva hoy que el jueves: estoy acabando de poner techo á la barraca que estoy haciendo frente á mi casa y si llueve antes de cubrirla, las paredes que son de barro se me vienen al suelo.

—Bueno, dijo el tío Nolasco, lo mismo dá; dejémoslo hasta la otra sesión.

Y llegó la otra sesión y se reunieron los padres del pueblo.

—Me parece que ya es hora de llover dijo el de la vara. ¿Llovemos jueves, viernes y sábado?

—Conforme, digeron todos.

—Poco á poco, gritó el sindico. Lo mismo tiene ahora que el domingo: por tres días no se perderá la cosecha: estoy arreglando unos bancales poniéndoles márgenes nuevas pá recoger el agua que hemos de llover y si llueve hoy no cojo ná en esos bancales.

—Bien, dice, el alcalde, pues lloveremos á la otra sesión.

La sesión se abrió despues de Misa mayor.....

—Escribe, dijo al secretario el tío Nolasco, mandamos toós que.....

—Aguarda un poco, saltó el teniente que era cuñado en segundas nupcias del alcalde; aguarda, que anoche se me hundió una pared de la cuadra y no hemos de estar tres días los animales al raso y lloviendo. ¿Qué más da llover el jueves? ¡Por cuatro días!... ¿Qué se acaba el mundo?

—Bueno, hombre, bueno, dijo el cuñado, no te incomodes: dejémoslo para el jueves.

Y llegó el jueves

—Caballeros, dijo entonces otro regidor, estoy aplanando un bancalico para hacer una era que me hace muchísima falta ¡ya voy yo á llover en estos tres días! Cuando lo aplane que llueva.

—¡Cómo ha de ser!, dijeron los otros: ¡ea! pues, hasta el domingo.

—Ahora si que llueve, decían todos.

—¡No faltaha más! Con que vamos; caballeros que la tierra se seca; ya no puede esperar; los aljibes están como esta sala; con que por unanimidad ¡que llueva! ¿eh?

—¡Que llueva, dicen todos á una voz! ¡qué llueva!

—Claro, dice irritado el secretario (que aunque la ley le impedía tener voz él la tenía robusta como la de una bocina) claro es, que llueva, y yo que he de ir mañana á la capital, á donde me llama el gobernaor, iré dos horas montado en la burra, agua Dios misericordia, con el paraguas roto, barro hasta la barriguera de la burra y que me caiga y me rompa el alma y se quede mi mujer viuda; con más que en caerle una gota á la burra pone las orejas tías y ni el profeta *Balandran* (1) la hace ir un paso: nada, el hijo de mi madre no sale lloviendo ¿no habeis esperado dos semanas? pues esperar cuatro días más.

—¡Vaya!, digeron los demás viendo la oposición del secretario; lloverá cuando vuelvas del viaje.

Y el secretario volvió del viaje y llegó el jueves.

—Vamos, dice el presidente, creo que ahora no dirás tú ni los demás que no llueva.

—Claro, dijo el secretario, ahora que llueva hasta que nos ahaguemos.

—No será tanto, dijo el alcalde pero te aseguro que los nacíos no habrán conocido una lluvia como la que empezará mañana, y....

Hablando estaba aun el tío Nolasco cuando entró el alguacil, pregonero y trabajador del alcalde y dirigiéndose á este con misterio y le dijo á la oreja.

—Ahí bajo está la tía Bartola: que baje osté ahora mismo, aunque esté osté en los maitines.

—Esperarsus que ya subo, voy á ver lo que quiere mi mujer.

Sube á poco el tío Nolasco con la cara mustia, pega un puñetazo en la mesa y....

—Naá; que no llueve; exclamó, que no puede llover aun.

—¡Como es eso! gritaron todos á un tiempo.

(1) Balaam.

—Náa; que he dicho que no llueve: mi mujer me ha dicho que mañana tié que matar el cochino y ya sabeis que pa la matanza no es buena la humedad; quereis que yo pierda el cochinc? Además que ¡buena está la tía Bartola! primero rompo yo la vara que llover mañana. Es cosa de tres días. En cuanto estén colgadas las longanizas, nos comeremos las asauras; estais toós convidaos; y aluego lloveremos hasta que nos salgan ranas por bajo la cama. ¿No he esperao yo cuatro semanas? pues esperarsus vosotros tres días más; yo no quiero ná con la tía Bartola.

—Ni nosotros tampoco, dijeron todos en coro, que seguramente conocian los humos de la seña alcaldesa.

—Pues vamos, hasta el domingo.

Que tampoco llovieron; ni al jueves, ni al otro domingo, pues en cada sesión se le ocurría algun negocio á cualquiera concejal y como habia de ser por unanimidad!.... Nada que no llovió y llegó la víspera de S. Pedro y como no habia caído ni una gota no se cojió ni un grano y se dieron á todos los diablos.

—¿Que votamos para mañana día de San Pedro? dijo con gran pesadumbre el alcalde.

—¡Si, pa votar estamos! dijeron los demás.

—Si no hubiera sido por el cochino del alcalde, dijo su cuñado, tendria yo el grano en el granero, y así lo que tengo son ratas.

—¿Y tu cuadra? dijo aquel.

—¿Y tus márgenes? dijo el otro.

—¿Y tu era?

—¿Y tu viaje?

—¡Tu tienes la culpa!

—Tu, tu, tu, tu....

Y se levantaron y se acercaban unos á otros con los puños cerrados, los ojos hechos ascuas, y todos gritaban y se increpaban y aumentaba la confusión y el escándalo, y el alcalde se desgañitaba y seguía el tumulto....

—¡Burros, burros y más que burros! gritó una voz de trueno que dominó el tumulto concejalesco. Al oírlo hubo concejal que se metió bajo la mesa. En efecto la voz era la de San Pedro que entraba con una llave en cada mano.

—¡Burruchos! ¡jumentos! ¿dónde están aquellas cosechas que os prometiais? ¿Qué ¿aun no llueve? vamos decidme ¿ha llovido á tiempo? ¿estais contentos? Señores disponedores de la lluvia ¿teneis mucho grano en el granero? ¿qué, estais mudos?

A todo esto, los concejales con los

ojos bajos llenos de vergüenza y confusión no se atrevían á mirar al señor del trueno.

—Asnos, continuó el Apostol; que queréis enmendar la plana á la providencia, que queréis corregir los decretos de Dios, venid acá; ha llovido mas en sazón? ¿llueve con mas regularidad que antes? ¿Os habeis convenido para el momento oportuno? ¿qué me contais?.....

Largos momentos de silencio.

—Vamos, siguió S. Pedro, un poco más dulce, ya supongo que estais arrepentidos ¿es verdad?

Y todos movian la cabeza de arriba á bajo.

—¿Os empeñareis de aquí en adelante en que llueva cuando querais?

Y todos movian la cabeza de izquierda á derecha.

—Dejad pues, siguió el de los truenos que llueva cuando Dios quiera. No os desesperéis el año que no os visite la lluvia ni dudeis de la providencia divina, que más mereceis por vuestra soberbia. Por último no os olvidéis de estos tres refranes. Dios aprieta pero no ahoga. Cuando Dios quiere con todos aires llueve, y, oídlo bien, *nunca llueve á gusto de todos.* Y ahí os dejo.

Salióse S. Pedro, miráronse todos sin hablar, tomó la vara el alcalde y dando con ella en la mesa un gran golpazo dijo con acento conmovido:

—Confesemos que somos unos cabezudos.....

—Por unanimidad, repuso el secretario.... y cerró el libro de actas...

Y no habiendo otro asunto de que tratar se levantó la sesión.... y se fué cada uno á su casa diciéndose por lo bajo:

—¡Que llueva cuando Dios quiera!

Joaquín Martínez Lozano.

Dedicado á LA LECTURA POPULAR.

Hay providencia

No se comprende que pueda haber en esta vida contento, paz y alegría para quien no cree en la divina Providencia. Ni tampoco se comprende que pueda caer en gran turbación y desconsuelo quien con viva fé penetra los secretos de la bondad infinita con que Dios cuida de sus criaturas. Sobre esta importante materia conviene fijarse en los siguientes puntos que son claros como la luz.

I.

Ó no hay Dios, ó Dios ha de ser infi-

nitamente sabio; porque si no fuera infinitamente sabio no sería Dios.

Ó no hay Dios, ó Dios ha de ser infinitamente bueno; porque si no fuera infinitamente bueno no sería Dios.

Ó no hay Dios, ó Dios ha de ser infinitamente poderoso; porque si no fuera no infinitamente poderoso, no sería Dios.

Es así que Dios existe, luego Dios es infinitamente sabio, bueno y poderoso.

II.

Si Dios es infinitamente sabio bueno y poderoso, no puede menos, de

como infinitamente sabio, *conocer* todo lo que necesitan sus criaturas para alcanzar su fin y ser felices:

como infinitamente bueno *querer* que sus criaturas consigan ese fin:

como infinitamente poderoso *poder* darles los medios para conseguirlo.

Es así que Dios es infinitamente sabio, bueno y poderoso, porque si nó no sería Dios, luego Dios *conoce quiere y puede* dar á sus criaturas todo lo que necesitan para lograr su completa felicidad.

Sentados estos precedentes, la idea de la providencia de Dios se hace tan clara que no deja lugar á duda y el corazón del hombre no puede menos de ensancharse al considerarse que vive bajo la mirada paternal de un ser amorosísimo, sapientísimo y poderosísimo que conoce todas sus necesidades; todas sus miserias; todos los bienes que faltan así á su cuerpo como á su alma: que sabe todos los medios que necesita para librarse de tales males y que quiere darselos y se los dará indefectiblemente si él, con el mal uso de su libertad no pone obstáculos á la acción de su providencia.

También se deriva de aquí necesariamente con una claridad admirable lo que es el pecado, monstruo del mundo moral que devora la dicha humana, poniendo obstáculos en el camino de Dios y oponiéndose al orden que Él ha establecido para que el hombre llegue á conseguir su fin.

Después de esto fácil es comprender la razón de tantos dolores y tantas lágrimas como se derraman sobre la tierra, hijas todas del desorden introducido por el mal uso de la libertad humana (pecado) en la armonía de la creación, y la necesidad de sufrir las consecuencias de ese desorden, padeciendo los dolores que trae consigo la curación del pecado por el sacrificio (penitencia) que se pudiera comparar á los que trae consigo la curación de un miembro dislocado, que es necesario volver á su sitio.

Si los hombres meditasen en poco estas cosas tan claras, comprenderían fácilmente lo que es la religión y su fundamento:

no disparatarían tanto al hablar de ella; y sobre todo, no darían esos tristes espectáculos hijos del embrutecimiento en que caen los que las olvidan; pues estamos seguros que una gran parte de los crímenes y sobre todo, de los suicidios que presenciarnos á diario, proceden de la ignorancia de las grandes verdades religiosas unida á la corrupción del corazón.

Queremos terminar estos apuntes estampando á continuación las siguientes palabras de un autor insigne (1)

«Consideraré los innumerables bienes que están en cerrados en la Divina Providencia para aficionarme á ella y fiarme de ella. Lo primero ponderaré como la Divina Providencia es mi madre, porque me dá el ser que tengo, y me trae dentro de sus entrañas. Es mi ama porque me cria y sustenta y me trae en sus brazos como á niño. En mi aya porque siempre anda á mi lado y me acompaña en todos mis caminos. Es mi reina y gobernadora porque me rige y gobierna en todo el discurso de mi vida. Es mi maestra y consejera porque enseña lo que no sé, y me aconseja lo que dudo y me guía en lo que debo hacer para no errar. Es mi protectora y defensora en todas mis necesidades y peligros porque para todas me dá ayuda. Es mi consoladora en todas mis aflicciones y tristezas porque para todas me dá muchas razones de consuelo. Y finalmente cuantos oficios de caridad y misericordia se pueden imaginar todos caben en la providencia de Dios con infinita eminencia haciendo oficio de padre, de amigo, de médico, de juez y de pastor y los demás. De donde sacaré que debo tener con la divina providencia todos los afectos de amor confianza, y gozo y alabanza que tales oficios merecen, amandola como hijo y acudiendo á ella en todo como á madre, acompañandome con ella, pidiendola dirección, consejo, ayuda, remedio y consuelo.»

Si hicieramos esto de seguro no seríamos tan infelices como somos, ni viviríamos tan desconsolados por lo presente ni tan intranquilos por lo porvenir.

A. C. y G.

VARIEDADES

PENSAMIENTOS RELIGIOSOS

LA ECONOMIA DE LA VERDADERA RELIGION Y SU HISTORIA SE ENCIERRA EN ESTOS SENCILLOS PUNTOS:

1.º Dios crió al hombre libre y en estado de inocencia.

(1) P. Luis de La Puente.

2.º El hombre, haciendo mal uso de su libertad pecó, infringiendo la ley que Dios le había impuesto para que libremente la obedeciese y completase su dicha.

3.º El hombre pecando se labró su propia desgracia.

4.º Dios, padre amoroso, no quiso dejar al hombre en el abismo en que había caído y le redimió con la sangre de su propio Hijo, trazándole el único camino de alcanzar su fin sobrenatural y llegar á unirse á El.

5.º El hombre caído, no puede salvarse uniéndose al Bien Sumo que es Dios, sino por la penitencia simbolizada en la Sta. Cruz.

6.º Los pueblos, las familias ó los individuos que se apartan de la Cruz, perecen cayendo en el embrutecimiento en la barbarie en el crimen y en la desesperación.

7.º La Cruz es el estandarte de la civilización y del progreso verdadero.

8.º En el mundo hay dos tendencias que luchan constantemente; la de los que

aceptan la redención y se abrazan con la Cruz negándose á sí mismos y las de los que la rechazan por no obedecer á la divina ley que les manda reprimir sus pasiones: Los primeros han sido siempre los verdaderos amigos de la libertad: Los segundos, tomando nombre de libertad no han sido sino los tiranos de los demas y esclavos de sí mismos.

A. C. y G.

Á la Santa Cruz

¡Oh, Cruz agustal
Leño Sagrado,
donde enclavado
pende mi Amor.
Tú eres el Signo
de la victoria:
Tú eres la gloria
del pecador.

En torno tuyo vuelan, cual aves bulliciosas,
buscando de tus brazos las sombras deleitosas,
las almas inocentes que allí desean morar.
Y tú las iluminas con santos resplandores.
Y tú enciendes en ellas suavísimos amores,
y solo les ofreces dulzuras que gustar.

Tú eres del triste
dulce consuelo:
Divina escala
que lleva al cielo:
Eres el Iris
de la bonanza:
Nuestro refugio:
Nuestra esperanza:
A tu pié brotan,
de aromas llenas,
de las virtudes
las azucenas.

Para conseguir la calma
que hace tiempo huyó de mí,
haz que viva siempre en Tí
crucificada mi alma.

Haz que al cruzar las ondas borrascosas
del negro mar por donde vá perdido,
mi pobre corazon á Tí cogido
pueda encontrar las playas venturosas,

Derrama en mí, Cruz Santa, tus claros resplandores,
¡Que guste al fin mi alma las mieles de tu amor!
¡Que rompa del pecado los lazos seductores.....
y muera yo estrechando tus brazos redentores
en donde ya me espera mi Dulce Salvador!.....

J. PERALTA VALDIVIA.

(Semanario Católico.)

BIBLIOGRAFIA

—«»—

AÑO CRISTIANO, por el P. Croisset. Hemos recibido los tomos correspondientes á Febrero y Marzo de esta excelente obra, edición la más económica que hasta ahora se ha publicado. Los pedidos á D. Manuel Terrés.—Mar—48—Valencia.

HOJITAS CORDOBESAS. También hemos recibido estas excelentes hojas de propaganda que publica nuestro querido amigo D. Leon Abadias de Santolaria. (Jardines de Agricultura—8—Córdoba.) Los pedidos al autor.

HOMENAJE DE FILIAL AMOR Á LA VIRGEN SANTÍSIMA. Poesías de autores varios. Un volumen en cuarto de 164 páginas. Librería de Casals.—Pino—5—Barcelona.

BIBLIOTECA

OR

LA LECTURA POPULAR

Con el presente número acompañamos á nuestros suscriptores el cuaderno segundo de esta Biblioteca, que á petición de algunas personas, hemos comenzado á publicar y cuyo objeto es propagar nuestras lecturas en forma de libritos ó cuadernos que conserven siempre su actualidad. Dicho cuaderno segundo contiene la historia del célebre Beato José Oriol y un relato suscito de sus más grandes milagros.

LA LECTURA POPULAR.

—«»—

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras, para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.